

PENSAMIENTO VIVO
En la obra de Carlos Sopena

Colección Psicoanálisis
Editorial Biblioteca Nueva
y
Asociación Psicoanalítica de Madrid

Serie «Pensamiento vivo»

Comité editorial:
Milagro Martín Rafecas
Magdalena Calvo Sánchez-Sierra
Rosario Guillén Jiménez
José Manuel Martínez Forde
Mercedes Puchol Martínez

Carlos Sopena

PENSAMIENTO VIVO
En la obra de Carlos Sopena

Asociación Psicoanalítica de Madrid
BIBLIOTECA NUEVA

siglo xxi editores, s. a. de c. v.

CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

salto de página, s. l.

ALMAGRO, 3B,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

editorial anthropos / nariño, s. l.

LEPANT, 241,
08013, BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

siglo xxi editores, s. a.

GUATEMALA, 4824,
C 1425 BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

biblioteca nueva, s. l.

ALMAGRO, 3B,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

SOPENA, C.

Pensamiento vivo: en la obra de Carlos Sopena.- Madrid : Biblioteca Nueva, 2014.

224 p. ; 21 cm

ISBN 978-84-16170-40-1

1. Psicoanálisis 2. Literatura 3. Cine

159.9 JM

82 DS

791.4 APF

Cubierta: Gracia Fernández

© Herederos de Carlos Sopena, 2014

© Para esta edición, M.^a Elena Rodríguez Parodi

© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2014

Almagro, 3B

28010 Madrid

www.bibliotecanueva.es

editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-16170-40-1

Depósito Legal: M-17.242-2014

Impreso en Lável Industria Gráfica, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Índice

PRESENTACIÓN, por Luis J. Martín Cabré	9
PRÓLOGO, por María Elena Rodríguez Parodi	13
Herencia freudiana y babel psicoanalítica	19
A propósito de Hamlet	35
Amadeus. Reflexiones acerca de la envidia	53
La sublimación. El vacío como causa del acto creador	75
Nota sobre la transferencia sublimada	87
Amar, entre lo mismo y lo otro	99
Una pasión fatal. Apunte sobre la película <i>Herida</i> de Louis Malle	129
Nuevas perspectivas sobre el duelo	141
¿Nuevas patologías o cambio en la escucha de los analis- tas?	155
Intervención sobre construcción-reconstrucción en el aná- lisis	173
El cuerpo en la histeria	181
El campo dinámico del psicoanálisis Un punto de inflexión en las teorías del inconsciente	197

Presentación

Representa una enorme satisfacción para nuestra Asociación, y para mí un gran honor, inaugurar una serie de libros que van a recoger el pensamiento y las contribuciones de los analistas más representativos y emblemáticos que han nutrido con su saber y experiencia a los colegas de las siguientes generaciones. En gran medida es la consecuencia del trabajo y el interés de la Comisión de Publicaciones ver nacer, finalmente, este hermoso proyecto.

El libro que tengo el honor de presentar, el primero de esta serie, es una recopilación de textos de un psicoanalista muy especial y de una persona muy entrañable.

Carlos Sopena nos dejó hace casi dos años, en abril de 2012, después de haber dedicado gran parte de su vida a la que fue una de sus grandes pasiones: el psicoanálisis. Su muerte ha representado para nuestra institución la pérdida de uno de sus más distinguidos miembros, de un referente inestimable, de un teórico fino y agudo, de un clínico dotado de una extraordinaria intuición, de un estudioso infatigable y de un maestro apreciado por todos.

Desde el día en que le conocí, en mayo de 1978, me sorprendió su imagen delgada, sonriente, amable y acoge-

dora. Desde entonces nunca dejé de mantener en mi mente esa imagen, que se fue enriqueciendo con sus cualidades científicas, su exquisita mente de psicoanalista, su fina sensibilidad y su capacidad de integrar en los planteamientos diferentes referentes teóricos que lograba reunir con gran coherencia.

A lo largo de casi 34 años, mi relación con Carlos tuvo muchas facetas, la de colegas, la de compañeros de Junta, de viajes y la de amigos que compartimos experiencias, duelos, momentos felices, proyectos profesionales y mucho cariño.

Sus contribuciones científicas, a las que este libro está dedicado, han sido incontables. Como podrá comprobar el lector, Carlos Sopena abordó una vasta cantidad de argumentos psicoanalíticos sobre la transferencia, la envidia, la sublimación, la histeria, la psicosis, el inconsciente, el duelo, el amor y el concepto de campo analítico, entre muchos otros. Además dedicó algunos de sus escritos a la literatura y al cine, dos de sus grandes pasiones.

Como presidente de la APM tuve el honor de otorgarle en noviembre de 2011 el Primer Premio Carolina Zamora por su trabajo *El campo dinámico del psicoanálisis. Un punto de inflexión en las teorías del inconsciente*, y por toda su trayectoria intelectual.

Lamentablemente, no pudo asistir a recibirlo personalmente, pero agradeció este premio que le hizo sentir el reconocimiento de la institución por la que tanto hizo, a la que tanto quiso y a la que tantas cosas dio.

Ciertamente, su trayectoria institucional fue encomiable. Desde su integración en la APM en 1975 fue uno de los creadores de la *Revista de Psicoanálisis* y su director entre 1985 y 1989. Fue también director de la Comisión de Enseñanza, y presidente de la APM en el período 1992-1995.

Durante su presidencia instituyó el Simposio, que desde entonces se celebra anualmente en nuestra institución, y los Ateneos Clínicos de Valencia y Bilbao.

A lo largo de los años de mi presidencia he sido testigo de la importancia y el legado que como analista, supervisor y maestro ha dejado en muchos de nosotros. Habrá que ir elaborando el duelo por su pérdida si es que puede elaborarse alguna vez del todo. La intensidad del dolor se atenuará pero la herida se convertirá en cicatriz y su huella quedará para siempre. Afortunadamente quedará también la huella de su pensamiento y de sus aportaciones científicas, de las que este libro es una prueba rigurosa y veraz.

LUIS J. MARTÍN CABRÉ

Prólogo

Carlos Sopena fue miembro titular con función didáctica de las Asociaciones Psicoanalíticas de Uruguay y de Madrid.

Nació en Montevideo en 1932 y realizó su formación como psicoanalista en la Asociación Psicoanalítica de Uruguay. En esa ciudad conjugó su práctica profesional con pacientes adultos con el trabajo con niños y grupos. También colaboró en instituciones hospitalarias públicas. A partir de 1975 se radicó en España y se integró en la Asociación Psicoanalítica de Madrid de la que fue su presidente en el período 1992-1995.

Murió el 13 de abril de 2012.

Carlos Sopena concebía la experiencia psicoanalítica como un encuentro entre alguien que busca un sentido a su sufrimiento psíquico y una escucha que postula la existencia del inconsciente. Encuentro singular y creativo que intenta poner en palabras una verdad que pertenece al paciente.

Frente a la diversificación de corrientes de pensamiento y de lenguajes analíticos que fueron surgiendo con la evolución del psicoanálisis, abogaba por el posicionamiento

personal en una trayectoria que permaneciera abierta a los cuestionamientos y a los cambios. Pensaba que el psicoanálisis no debía perder su especificidad, pero que esta debía conjugarse con la apertura a investigar nuevas líneas de pensamiento para que la constitución de su saber no se transformara en un objeto de poder narcisista que rechazara lo diverso y lo antagónico. *Herencia freudiana y babel psicoanalítica* es un claro exponente de esta posición.

La problemática de la subjetivación es un eje central en sus textos. El análisis sería un trabajo de simbolización y de elaboración psíquica que posibilita el advenir de un sujeto más libre de sus sometimientos inconscientes.

En *A propósito de Hamlet* señala que las interpretaciones sobre el personaje tienden a preguntarse por su dilación en cumplir el mandato del espectro paterno. Él propone un cambio en el interrogante y esboza una hipótesis diferente sobre este enigma: el rescate subjetivo de la alienación. Se crean así nuevas tramas y figuraciones de sentido.

La alienación subjetiva en el deseo de sostener un objeto omnipotente se encuentra también en su texto *Amadeus, reflexiones acerca de la envidia*. Para replantear esta noción se basa en la adaptación al cine de la obra teatral de Peter Shaffer.

Aborda la envidia desde el narcisismo y el yo ideal: la matriz en la que ella vendría a inscribirse es la relación con el doble especular, que, por la proyección imaginaria del ideal, fascina y despierta la violencia destructiva.

La complejidad del proceso sublimatorio es un tema presente ya en este texto. Lo retomará un tiempo después en *La sublimación: el vacío como causa del acto creador*, donde plantea que el objeto elaborado por sublimación viene a cernir y designar un vacío inasible e irrepresentable.

table. Este sería la base del investimento, no ya de un objeto, sino de una ausencia y de una búsqueda.

En *Nota sobre la transferencia sublimada* trata de la sublimación en la relación analítica. Frente a un sufrimiento psíquico cuya causa ignora, el paciente buscaría en el análisis algo perdido de su ser. Desde esta perspectiva, forma parte de la estructura de la transferencia una promesa de ser que la mantiene abierta a la dimensión inconsciente y al futuro. Considera las condiciones de la escucha y de la interpretación para intentar aludir a esa parte perdida de sí mismo con la expectativa de que se produzca algo inédito.

Carlos Sopena escribió entonces sobre la transferencia, el amor de transferencia, el amor pasional y en *Amar entre lo mismo y lo otro*, sobre el amor en su relación con la sexualidad y el deseo.

Se pregunta si en nuestra cultura, en la que se tendería a evitar la dependencia amorosa con predominio de relaciones breves y sin ataduras, lo que está en crisis es el amor o un ideal fusional. El amor oscilaría entre el anhelo narcisista de ser uno con el objeto y la necesidad de alteridad. En vínculos pasionales como los celos patológicos y la erotomanía se pretende alcanzar una certidumbre absoluta con respecto al otro desconociéndolo en su alteridad.

Dedicó también un trabajo a la pasión incestuosa en la cual lo erótico y lo destructivo se entrelazan en forma indiscernible: *Una pasión fatal: apunte sobre la película «Herida» de Louis Malle*. A la manera de una transferencia erótica, lo pasional pone de manifiesto lo más radical de la pulsión; el objeto de deseo es convertido en objeto de absoluta necesidad, lo que transforma el vínculo en un padecimiento del orden del goce del que es imposible hacer el duelo.

En varios de sus textos se refiere al tema del duelo y sus interrogantes –qué se entiende por su elaboración o cuál es su objeto–. En uno de sus últimos trabajos, *Nuevas perspectivas sobre el duelo*, destaca que Freud muestra una posición diferente a la transmitida en sus escritos al referirse, en su correspondencia a Binswanger, a la subsistencia de un resto nostálgico e inconsolable frente a la pérdida de un ser querido.

También señala que el duelo sería no solo por lo vivido, sino también por el tiempo futuro, por la vida que ya no será. Y sin desconocer los procesos intrapsíquicos y de reorganización interna propios del trabajo de duelo, piensa que este trasciende lo realizado en forma solitaria y tiene lugar en un espacio transubjetivo. Sugiere el film *Cerezos en flor* de Doris Dörrie para ilustrar esta perspectiva.

En *¿Nuevas patologías o cambio en la escucha de los analistas?*, considera que la relación dialéctica entre la clínica y la elaboración teórica hace indisociables las nuevas realidades clínicas de la escucha de otros registros antes inaudibles. Se pregunta si ciertos funcionamientos psíquicos, entre los que se encuentra el narcisista, requerirían una modificación del método analítico o si se trataría de nuevas finalidades del mismo y de otras formas de escucha más allá del sentido.

Esta posición puede relacionarse con su breve texto escrito muchos años antes acerca de las *Construcciones en el análisis*. El trabajo de construcción intenta aproximarse al núcleo más inaccesible de lo inconsciente, de lo inmemorial, allí donde el sujeto está perdido, para reintegrarlo a la corriente temporal de la existencia. En una concepción dialéctica de la temporalidad psíquica, articula lo que ya estaba ahí con lo que se crea a posteriori, y en la que el pa-

sado, más que explicar el presente, es construido desde lo actual de la transferencia, de igual modo que la proyección del futuro.

Su interés en las diferentes conceptualizaciones del inconsciente y en las nuevas formas de concebirlo condujo a Sopena a retomar en su texto *El campo dinámico del psicoanálisis. Un punto de inflexión en las teorías sobre el inconsciente*, la noción de campo dinámico descrita por M. y W. Baranger en 1962-1963. En su opinión, esta noción introdujo una nueva manera de representar la situación analítica y su dinámica, así como de orientar la práctica clínica.

Centra sus reflexiones en que esto implica volver a pensar de qué inconsciente se habla, ya que el inconsciente del campo sería el de la sesión. Este inconsciente producido entre dos trasciende a los individuos y no se limita a ser algo ya dado, sino que es algo que está por ser, configurándose en el encuentro de cada sesión. De esta experiencia entre-dos surge un lugar tercero que se abre a un mundo simbólico.

En un pasaje de su trabajo sobre *La transferencia sublimada* Carlos Sopena nos recuerda que escribir es un acto sublimatorio y creativo, *pero es también un gesto de desprendimiento, de dar lo creado a los demás y dejar que circule y sea sometido a la consideración de otros para que ellos participen y pueda haber un intercambio.*

Porque es en el intercambio donde se mantiene vivo el pensamiento.

Herencia freudiana y babel psicoanalítica*

A cincuenta años de la muerte de Freud, la evolución del psicoanálisis y su expansión por el mundo han producido una diversificación de corrientes de pensamiento y de lenguajes analíticos que no comunican muy bien entre sí. Surge entonces un conflicto entre las distintas teorías, incrementado por las rivalidades de sus respectivos defensores.

Algo que los analistas seguimos teniendo en común es nuestra referencia a Freud como el fundador, tanto en lo que concierne a la práctica como a la teoría. La vigencia de Freud no es la vigencia de un saber constituido, sino la de los grandes problemas que él fue el primero en abordar, estableciendo los conceptos fundamentales del psicoanálisis, en los que han quedado plasmados un pensamiento y una práctica clínica que solo en tanto que formulados pueden ser transmitidos, no como una ciencia acabada de una vez por todas, sino como un pensamiento abierto, viviente, que puede dar lugar a nuevas experiencias, a reactualizaciones y

* Escrito para conmemorar los cincuenta años de la muerte de Freud, *Revista de psicoanálisis-APM*, núm. extra, 1989.

reformulaciones surgidas de un constante cuestionamiento de esos conceptos fundamentales.

Los avances en psicoanálisis no tienen nada que ver con el afán de originalidad ni con la actitud iconoclasta que sustituye a un ídolo por otro, y la producción analítica que pretendiera eludir la confrontación crítica con el sistema original freudiano correría el riesgo de quedar separada de sus raíces y extraviarse en la superficialidad.

Esto no presupone de ninguna manera la conformidad con los postulados del maestro, desconociendo sus limitaciones, carencias e impasses. La actitud dogmática, que sueña con la eternidad de las ideas y pretende conservar inmodificado el legado freudiano cual si fuera una reliquia, conduce a la repetición esterilizante y significa a la postre la muerte del freudismo.

Pero, aun siendo la principal referencia unificadora, el cuerpo teórico freudiano no constituye en sí mismo un todo homogéneo. En él coexisten varios modelos del funcionamiento psíquico que, si no son contradictorios entre sí, al menos no encajan perfectamente. Por ejemplo, Freud estableció la segunda tópica, pero sin abandonar la primera, como lo prueba el hecho de que escribió *El yo y el ello* en 1923 y *La pizarra mágica* al año siguiente, retomando todos los planteamientos de la primera tópica. Sin embargo, nunca trató de articular la nueva tópica con la anterior.

Es cierto que el desarrollo freudiano sigue ciertas líneas que le dan una unidad de sentido, pero alberga en su seno una diversidad —que es su riqueza— de la que son herederas las distintas corrientes del pensamiento analítico contemporáneo. El complejo panorama del psicoanálisis actual reproduce y amplía en cierta forma la complejidad preexistente en la teoría originaria.

Imaginar hoy día una sociedad analítica en la que podría haber una especie de lenguaje homogéneo, unitario, no es posible ni sería deseable, ya que se constituiría en un lenguaje uniformizante y empobrecedor. La aspiración máxima sería la de constituir una sociedad en la que los lenguajes diversos puedan coexistir, sin eludir los conflictos, pero sin agredirse los unos a los otros.

Es sabido que la diversidad de lenguas es causa frecuente de aversión y de división. Es, al menos, lo que pensaba Dios cuando bajó y confundió la lengua de los hombres para que no se entendieran unos con otros y se dispersaran sobre la Tierra. Pero a quien Dios castigó en el mito de Babel fue al pueblo uno, al que tenía una lengua sola, al pueblo soberbio que erigía una torre colosal para alcanzar las alturas de la divinidad y que levantaba una ciudad contra Dios. Es por esa razón por la que Dios dispersó a sus constructores. Su intervención fue el castigo al que se hizo acreedor el despotismo de una organización de tendencia totalitaria.

Dice la Biblia que antes de la confusión de las lenguas «era la Tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras». Quiere decir que en el origen había una lengua única, pero también palabras únicas. El discurso único, totalitario, condena a los locutores a repetir las mismas palabras.

La lengua única puede albergar la ilusión de su adecuación total con las cosas y de cubrir todo el campo de lo real (la Tierra toda). La palabra unívoca realiza la soldadura del significante y el significado y es una palabra completa, definitiva, que no deja lugar a las interpretaciones diferentes. Uno puede pensar que dice las cosas como son mientras no aparezca alguien que nombre a las cosas de otra manera. La lengua-otra pone en cuestión a esa omnipotencia,

marcando la separación entre los hombres, pero también la existente entre los nombres y las cosas.

La diversidad de lenguajes hace que el hombre se pregunte por el significado de las palabras, por aquello de lo que habla y por el semejante al que se dirige. El acuerdo ya no está dado entre las palabras y las cosas, sino que podrá llegar a surgir entre los hombres.

La historia de la torre de Babel señala el momento de un fin y un nuevo comienzo. Fin del pueblo uno y la lengua única que endiosan y oprimen al hombre, condenándolo a la repetición, y comienzo de la historia a partir del momento en que esa unicidad es rota y la torre colosal se convierte en la ruina de la unidad perdida (L. Marin, 1988). Los hombres podrán reunirse de otra manera, según un nuevo principio que no excluya sino que respete las diferencias existentes entre ellos. Es un principio ético.

Las teorías y los hechos clínicos

Ningún discurso, ningún texto psicoanalítico, pueden transmitir la experiencia analítica más que aproximativamente. La falta de adecuación de lo que se habla o se escribe con los hechos clínicos hace que lo esencial de la experiencia misma quede siempre escamoteado. Ya decía Freud que no existe ningún medio que permita transmitir en el relato de un análisis la fuerza persuasiva que surge del análisis mismo. Para lograrlo, los informes literales completos de las sesiones no serían de ninguna ayuda.

Hay distintas teorías analíticas que no comunican muy bien entre sí, pero lo fundamental es que las formulaciones de cada teoría tampoco comunican del todo bien con

los hechos clínicos. Hay una inadecuación estructural de la teoría que trata de dar cuenta de una realidad inaccesible y cambiante. Y esa falta de paralelismo entre la literatura analítica y la clínica, lejos de conducirnos a un escepticismo con respecto a las teorías o a tratar de prescindir de ellas, es lo que relanza constantemente los interrogantes y la producción teórica.

No hay práctica analítica posible con prescindencia de la teoría. El analista siempre tiene una teoría implícita respecto a su paciente, por lo que nunca se ve restringido a remitirse a las señales transmitidas por sus vivencias contratransferenciales. Una clínica puramente empírica, si existiera, dejaría de ser psicoanalítica.

La trayectoria de Freud da testimonio de la existencia de un verdadero entrelazamiento entre un discurso teórico, es decir, especulativo, y el afrontamiento cotidiano en su autoanálisis y en sus tratamientos de pacientes.

La teoría es imprescindible para poder pensar y tratar de entender lo que dice el paciente, pero puede ocurrir que ella adquiera excesiva importancia y que el analista se ponga a seguir a la teoría en vez de seguir lo que dice el paciente. En el camino de aproximación al inconsciente, que nos conduce a lo desconocido, no sirven las guías de viaje que aconsejan itinerarios obligados. La verdad que está en juego en el análisis y a la que el analista está expuesto es la verdad singular del paciente y no la verdad de la teoría.

Las preferencias teóricas

Las distintas teorías son distintos enfoques y distintos lenguajes que tratan de dar cuenta de los datos de la clínica

y que orientan una práctica. Generalmente, uno prefiere determinada teoría porque considera que los útiles conceptuales que ha forjado son los más precisos y los más operativos que se han producido hasta ahora. Pero esas preferencias –o transferencias– pueden ir cambiando con el paso del tiempo. Es difícil concebir un analista que conociera una sola teoría y que no cambiara a lo largo del tiempo. En realidad, no estamos influidos por una sola teoría, sino por varias.

Dice Laplanche al respecto: «Cada analista constituye su cultura, su reflexión, modifica su práctica, en función de influencias diversas. Estas son remodeladas, retomadas por cada uno; a veces, de manera un poco heteróclita; a veces, de manera más coherente. Lacan, Klein y Freud no pertenecen a nadie, y cada uno de nosotros es más o menos kleiniano, lacaniano, winnicottiano, etc., sin tener la necesidad de pregonar la marca de fábrica» (J. Laplanche, 1987-1988).

Esto que afirma Laplanche hace que la línea divisoria entre los analistas que profesan distintas teorías no sea tan nítida como parece a primera vista, y puede suceder que haya más diferencias entre analistas pertenecientes a una misma escuela que entre los de escuelas distintas. A lo cual se añade la dificultad de definir: ¿qué es ser freudiano, ser kleiniano o ser lacaniano?

¿Quiere decir, entonces, que todos somos más o menos eclécticos? No forzosamente, porque una cosa es la inclusión articulada de conceptos de distintas teorías y otra cosa muy distinta es su confusión. Nada impide que en un cuerpo teórico puedan ser utilizados términos o conceptos provenientes de otras teorías, siempre que los conceptos estén bien definidos y las zonas de pasaje o derivación sean explicitadas. El discurso resultante será ecléctico solamente si las relaciones de sentido entre los distintos concep-

tos permanecen ocultas, de manera que estos aparecen clivados entre sí y en una relación de mera acumulación (F. Singer, 1987).

El antagonismo entre las teorías

Es obvio que hay diferencias irreductibles entre las teorías que parten de opciones teóricas divergentes, que no encaran la clínica de la misma manera y se encuentran ante problemas también diferentes, lo cual nos impide imaginar que pudiera llegar a establecerse una teoría general del psicoanálisis. Pero tampoco podemos imaginar la coexistencia de varios psicoanálisis no relacionables entre sí.

Esto último presupondría considerar a las teorías como totalidades cerradas e inertes que si se ponen en contacto inevitablemente chocan entre ellas y se repelen. La posible articulación entre las teorías no puede ser global, sino parcial, y solo pueden encontrarse puntos de contacto o de pasaje en lo que tienen de abierto o no saturado; en última instancia, lo que tienen en común es lo que no saben todavía y les hace seguir trabajando.

El riesgo que comporta la idea de la imposibilidad de establecer ciertas correlaciones entre los distintos esquemas referenciales es que una teoría de dudosa filiación psicoanalítica podría reclamar el mismo título de validez que las demás, amparándose en el argumento de estar basada en un esquema teórico propio.

No todos los analistas tienen las mismas dificultades para intercambiar ideas y entenderse con colegas de otras escuelas, a pesar del obstáculo presentado por las diferencias teóricas. Los analistas que no se pueden comunicar con los

otros son los que mantienen una relación totalitaria con la teoría, en cuyo caso el investimento narcisista de la propia teoría lleva a concebirla como auto-suficiente, cerrada sobre sí misma, rechazando toda posible confrontación con un interlocutor-otro. Esta teoría totalitaria no se reconoce afectada por la castración, que es el lugar de intersección y de una posible comunicación con las otras teorías.

No es novedoso afirmar que el narcisismo de los analistas desempeña un papel fundamental en las batallas entre teorías o en la falta de confrontación entre ellas. S. Leclaire ha señalado que la teoría frecuentemente es imaginarizada e identificada con la imagen del yo. La exaltación que producen las formulaciones teóricas se explica por un movimiento de exaltación yoica. El yo sostiene entonces sus formulaciones con un ímpetu extraordinario, defendiéndolas contra conjuras de diversos clanes de otros yoes que se consideran propietarios, copropietarios o accionistas de una u otra tesis. Estas disputas son –según dicho autor– el efecto de un desplazamiento de la carga de tensión conflictiva lanzada de su lugar verdadero, a saber: la formulación misma, siempre dividida entre lo que plantea y lo que escapa a ella (S. Leclaire, 1985).

Habría entonces que remitir el conflicto interteórico a un conflicto intrateórico, que es su verdadero lugar de origen.

Reacciones a la creatividad entre los analistas

Este es el título de un trabajo de un analista norteamericano, R. Langs, quien se basa en trabajos anteriores de Stone y Searles, así como también en las ideas de Bion acerca de la creatividad.